

tal partido, y el caudillo, más y más exaltado, hablóles de la inmortalidad del alma, con palabras tan elocuentes, con miradas y gestos tan persuasivos, que sus compañeros le interrumpen decididos á llevar á cabo la terrible resolución. Vióseles entonces abrazar á sus mujeres é hijos con convulsiva ternura y hundirles luego la espada en el seno; la suerte designó á diez para dar cima á la espantosa matanza, y el último de ellos, después de prender fuego á los objetos preciosos acumulados en la fortaleza, se dejó caer sobre la punta del acero. Al día siguiente, cuando el general romano Flavio Silva penetró en aquella Numancia, quedó sobrecogido de pavor á la vista de los cadáveres anegados en sangre; dos mujeres y cinco niños, ocultos en subterráneo acueducto, quedaron con vida y refirieron las circunstancias del lúgubre drama.

Las ruínas de Masada inspiran respeto; quedan aún vestigios de una de las puertas, y en los robustos paredones y en los restos de mosaico y de cisternas puede reconocerse el palacio de Herodes.

¡Despedida digna, para el viajero, del triste mar y de las desoladas riberas que aun conservan las huellas de los divinos castigos!

## III

Al viajar por la Judea se apodera pronto del corazón un profundo disgusto; pero cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se experimenta un terror secreto que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el genio. Las extraordinarias perspectivas nos revelan por todas partes un teatro de grandes milagros; toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura, se encuentran allí. Para el observador cada nombre encierra un misterio; para el estadista, cada gruta declara el porvenir; para el creyente, cada cima resuena con los acentos de un profeta. Como que el mismo Dios ha hablado allí.

Siguiendo la exploración de la Judea, vamos á emprender más grato y alegre viaje: á Belén, cuna de la estrella que iluminó al mundo; al Jordán, río bendito desde el día en que el Mesías recibió el bautismo en sus sagradas aguas.

De regreso á Hebrón, tomando el camino que conduce á Belén, contémpnense las gigantescas obras que guardan el nombre del gran Salomón, los vastísimos receptáculos llamados *el Burah* por los árabes. Estas tres piscinas, abiertas en el fondo de un angosto valle, en la

peña de una pendiente, de tal modo dispuestas que las aguas recogidas en la piscina superior pasan á la segunda y las de ésta á una tercera; están separadas por gruesos muros, y álzase alrededor una cerca revocada. Aquellos estanques son desiguales en dimensión: el superior tiene cuatrocientos tres pies de largo, el segundo quinientos sesenta y dos, y el tercero seiscientos diecinueve, por una anchura media de doscientos cincuenta y tres pies y una profundidad que varía de veinticinco á cincuenta; de lo cual resulta para los tres una superficie de cuarenta y dos mil doscientos treinta metros cuadrados á poca diferencia, habiéndose calculado que podían contener en total cuarenta y dos millones doscientos treinta mil litros de agua; las paredes no son constantemente verticales. Del tercer estanque salen las aguas por un acueducto, en gran parte arruinado, que con prolongados rodeos y salvando montes y valles, llegaba y llega todavía al monte Moriah, á Jerusalén. En diferentes épocas ha sido restaurado, pero la incuria y la barbarie son más eficaces en destruir que la civilización en restaurar; hoy día se halla inservible.

Los estanques de Salomón sólo sirven para estancar las aguas pluviales. A estos depósitos, es decir, á tres leguas del campamento, había de ir en busca de agua el ejército de los Cruzados cuando tenía sitiada á Jerusalén.

Escalones cortados en la roca permiten bajar al fondo, y robustos estribos sostienen en varias partes los muros contra el empuje de las tierras. Si bien por la historia sabemos que ha sufrido diferentes reparaciones, la obra acusa un trabajo eminentemente judaico y muy anterior á la época romana: nótese en ella un sello de remota antigüedad; por esto es casi universalmente admitida la tradición que le atribuye á Salomón; la Sagrada Escritura los menciona; Salomón mismo ha escrito en su Eclesiastés: «Yo mandé hacer magníficas obras, me edificué palacios y planté viñas;

»Formé huertos y vergeles; y puse en ellos toda especie de árboles;

»Construí estanques de aguas, para regar el plantío de los árboles.»

Así habla este Príncipe en la enumeración de las grandes obras que hizo para ser feliz, y que en seguida no le fué posible considerar sin escapársele del fondo de su corazón este reconocimiento, lo que harán igualmente todos aquellos que ansiando la dicha, la buscan fuera de Dios. «Y habiéndome vuelto á todas las obras de mis manos, hacia los trabajos que tantos sudores me costaron, ví que en todo no hay más que vanidad, y aflicción de espíritu, y que nada es subsistente debajo del sol.»

Como á doscientos pasos al norte del estanque superior encuéntrase la Fuente sellada, *Fons signatus*, á que se refiere en el Cantar de los cantares. Forman su angosta entrada enormes peñas, y después de bajar unos doce escalones llégase á dos estancias abovedadas, cuyas arcadas ostentan también todos los caracteres de remota antigüedad. Por tres caños mana una agua excelente, procedente de un manantial que nace á algunos centenares de pasos más arriba; parte de aquel caudal enriquecía el segundo estanque después de ser conducido lateralmente por junto al primero, y otra parte era llevada á la Ciudad Santa por un acueducto subsistente aún en parte, para el servicio del templo. Las cañerías no llegan á Jerusalén por un plano inclinado, sino que siguen las ondulaciones del terreno, de suerte que la continuidad del raudal se habrá roto muchas veces por la presión del aire, á no ser que los respiraderos que de trecho en trecho se encuentran se practicasen para darle salida, lo cual implicaría mucha antigüedad en este adelanto hidráulico. Este acueducto se reúne con el de las tres piscinas, y van juntos hasta Jerusalén. El no utilizarse actualmente libra sus reparaciones y por este abandono sólo restan vestigios. Para abastecer la hermosa fuente de la plaza de la mezquita de Omar fué reparado uno de los acueductos en el siglo XIII por el Sultán Mohamed Ibu Kelaván.

A esta abundante fuente llaman los árabes Ras-el-Ain, *fuentes principal*, ó Ain-Salhe, *fuentes benéficas*.

Junto á los estanques álzase una fortaleza por nombre Kalet-el-Burak, *Castillo de los Depósitos*; de construcción sarracena, forma un cuadrilátero flanqueado por una torre en cada ángulo, y en su estado actual no data de más allá del siglo XVI. Dando crédito á una tradición según la cual los Cruzados tuvieron allí un castillo y Salomón había construido antes un palacio en su recinto, es opinión muy probable de que esta fortaleza substituyera á otra arruinada.

Tomando el camino que da vuelta á la montaña y á lo largo del camino, en las alturas no se ven más que tajadas peñas y riscos áridos. A cosa de media hora, llegado á lo alto de la sierra, detiéndose atónito el peregrino á admirar la lozana vegetación que alfombra el valle, los vistosos árboles cargados ya de flores, ya de frutos, y los huertos esmeradamente cultivados. Es el Ued-Urthas, cerrado realmente por las altas montañas que le circundan, y en él, merced á las aguas del Ain-Urthas, fuente que por el valle serpentea y que no se seca jamás, crece espléndida vegetación. Naranjos, higueras, granados, manzanos y perales esparcen allí aromas, sombra y frescura, y el césped, rarísimo en Palestina, llama agradablemente la atención del viajero cuya vista

cansan los vivos reflejos de las peñas. La tradición considera aquel lugar como el Jardín cerrado, *Hortus conclusus*, que formaba las delicias de Salomón, quien lo comparaba con su amada: «Huerto cerrado eres, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada.» En sentido espiritual se entiende por esta *fuentes sellada* la Iglesia, que es fuente de pura y santa doctrina, sin mezcla de error.

Si tanta es actualmente la amenidad y hermosura de este sitio, bien se alcanza lo que sería cuando mereció la predilección de aquel monarca.

Léese en Josefo que era costumbre de Salomón dejar la Ciudad Santa al rayar el alba, y montado en carro, cubierto con su manto blanco, simbolo de realeza, y seguido de su guardia de arqueros, dirigirse á Etham, que dista diez kilómetros, dos *schenes*, de la capital; pues gustaba Salomón de pasar las primeras horas de la mañana en aquel sitio de recreo, gozando de la fragante sombra de sus maravillosos jardines y de la frescura de las corrientes aguas. Los árabes lo llaman todavía Bestan Suleiman, *Jardines de Salomón*.

Por la parte occidental divisanse ruinas antiguas, y más arriba el miserable aldeorrio de Urthas, que apenas cuenta trescientos moradores, conservando aún visibles restos de algún castillo: Ibrahim-Bajá la arrasó por haber sus moradores tomado parte en la sublevación de 1834.

En esta eminencia estaba edificada la antigua ciudad de Etham, aunque opinan algunos autores que ésta estuvo edificada á poca distancia de aquel punto, hacia el Sudoeste, junto á la fuente de Athan, cuyo nombre guarda cierta reminiscencia del de Etham; el lugar donde brota está cubierto de ruinas que le dan el aspecto de acrópolis, fortificada que fué la ciudad por Roboam.

En las quebradas de aquella cima, en las cuevas de Etham permaneció Samsón después de haber vencido y humillado á los filisteos, como vamos á ver en la historia de este héroe suscitado por Dios para libertador de su pueblo.

Habiendo vuelto á caer los israelitas en la idolatría, después de ochenta años de paz desde Gedeón, Dios les entregó el mismo año en manos de los filisteos en el Occidente, y de los ammonitas en Oriente; éstos oprimieron por espacio de dieciocho años á los hijos de Israel que habitaban del otro lado del Jordán, en la tierra de los amorreos, en Galaad. Vinieron después Jefe y sus tres sucesores. Hasta aquí no hay opresión por parte de los filisteos, que comenzó en Occidente el mismo año que los ammonitas en Oriente. La Escritura, después de terminar lo relativo á estos últimos, vuelve á los primeros para no dejarlos ya.

Nos enseña desde luego que los israelitas, habiendo pecado de nuevo delante del Señor, Dios les entregó en manos de los filisteos, por espacio de cuarenta años, durante cuyo período tuvieron lugar varios sucesos que vamos á narrar. Parece también que los filisteos no dominaban propiamente hablando sobre Israel, sino que la inquietaban con continuas incursiones y con usurpaciones frecuentes.

Había un hombre en Saraa, y del linaje de Dan, llamado Manué, que tenía la mujer estéril. A la que se apareció el ángel del Señor, y le dijo: «Estéril eres y sin hijos; más concebirás y parirás un hijo. Mira, pues, que no bebas vino ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda, porque concebirás y parirás un hijo, á cuya cabeza no tocará navaja, porque será Nazareno de Dios desde su infancia, y desde el vientre de su madre, y él comenzará á librar á Israel de manos de los filisteos.» La mujer habiendo ido á buscar á su marido, le dijo: «Un varón de Dios ha venido á mí, que tenía cara de ángel, terrible en gran manera, al que habiendo preguntado yo quién era y de dónde había venido y qué nombre tenía, no me lo quiso decir, sino que respondió esto: «Mira que concebirás y parirás un hijo; mira que no bebas vino ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda, porque el niño será Nazareno de Dios desde su infancia, desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte.» Oró, pues, Manué al Señor, y dijo: «Te ruego, Señor, que venga otra vez el varón de Dios que has enviado, y nos enseñe lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer.» Y oyó el Señor la voz de Manué, y el ángel, de Dios se apareció de nuevo á su mujer estando sentada en el campo. Pero Manué, su marido, no estaba con ella. Y cuando ella vió al ángel corrió apresurada á avisar á su marido, y le dijo: «Mira que se me ha aparecido el varón que había visto antes.» Levantóse Manué y siguió á su mujer, y llegándose á donde estaba el varón, le dijo: «¿Eres tú el que has hablado á mi mujer?» Y le respondió: «Yo soy.» Al cual Manué: «Cuando fuere verificada, dijo, tu palabra, ¿qué quieres que haga el niño, ó de qué se deberá guardar?» Y el ángel del Señor dijo á Manué: «Que se abstenga de todas las cosas que yo he dicho á tu mujer, y que no coma cosa alguna que nazca de viña, no beba vino ni sidra, ni coma cosa alguna inmunda, y cumpla y guarde lo que he mandado.» Y dijo Manué al ángel del Señor: «Ruégote que condesciendas con mis ruegos, y que te aderecemos un cabrito.» Respondió el ángel: «Si me haces fuerza, no comeré de tu pan; mas si quieres hacer un holocausto, ofrécelo al Señor.» No sabía Manué que era el ángel del Señor, y le dijo: «¿Cómo te llamas, para que, verificada que sea tu palabra, te honremos?» El ángel le respondió: «¿Por qué preguntas por mi nombre, que

es admirable?» Tomó, pues, Manué un cabrito y las libaciones, y le puso sobre una piedra, ofreciéndolo al Señor que obra maravillas; y él y su mujer lo estaban mirando. Y cuando subió la llama del altar hacia el cielo, el ángel del Señor subió también junto con la llama. Lo cual, visto por Manué y su mujer, se postraron en tierra sobre su rostro. Y después no se les mostró más el ángel del Señor. Y luego entendió Manué que era un ángel del Señor, y dijo á su mujer: «Moriremos ciertamente, porque hemos visto á Dios.» A lo que respondió la mujer: «Si el Señor nos quisiera quitar la vida, no hubiera recibido el holocausto y las libaciones de nuestras manos, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni nos hubiera predicho lo que ha de suceder.»

Ella, pues, parió un hijo, y llamó su nombre Samsón. Y el niño creció, y el Señor le bendijo. Y el espíritu del Señor empezó á estar con él en el campamento de Dán entre Saraa y Estahol.

Este ángel del Señor, que se remonta hacia los cielos en medio de la llama del sacrificio, figuraba, si es que no lo era, el ángel del gran Consejo, cuyo nombre es el Admirable, y que ha tomado la forma de esclavo, no para recibir el sacrificio, sino para ofrecerse en sacrificio él mismo.

Un nazareno, era un hombre consagrado á Dios por algún voto. Consistía en tres cosas principales: abstenerse de todo lo que procedía de vinagre, y en general de toda bebida embriagadora, en no cortarse nunca el pelo de la cabeza y dejarle crecer, y por último, guardarse de tocar á los muertos ó acercarse á ellos. Había nazarenos perpétuos, tales como Samsón, Samuel y San Juan Bautista. Otros no lo eran más que por un tiempo determinado, según la promesa que hubieren hecho, como vemos en el ejemplo de San Pablo. Estos últimos, al espirar sus votos, debían presentarse á la puerta del tabernáculo y ofrecer allí un cordero en holocausto, una oveja por el pecado, y un macho cabrío como víctima pacífica, con panes ácimos y las libaciones. Entonces se les cortaban los cabellos y los ponían al fuego del sacrificio, después de cuyo acto ya podían beber vino. Los nazarenos perpétuos, por el contrario, guardaban esta abstinencia toda la vida. Estaba predicho que Samsón comenzaría á libertar á Israel de manos de los filisteos. Veamos ahora de qué manera empezó á tener cumplimiento esta predicción.

El joven Samsón, habiendo visto en Thamnatha, que el tiempo de Eusebio era todavía un lugar considerable, una mujer entre las hijas de los filisteos, rogó á su padre y á su madre que la fueran á pedir por esposa suya, y su padre y su madre dijeronle: «Pues qué, ¿no hay mujer entre las hijas de tus hermanos, y en todo nuestro pueblo, que